



**NARCISO CASAS**

Por “Madrid de los Austrias” se entien- de aquella parte de la ciudad que tuvo una especial relevancia y que floreció gracias a la presencia de la corte durante los casi dos siglos que duró la dinastía de los Habsburgo en España, desde que en 1516 Carlos I fue reconocido como rey hasta la muerte de Carlos II en 1700.

En términos turísticos, el Madrid de los Austrias es una zona que abarca algunos puntos clave del centro histórico de la ciudad. La Plaza Mayor, la plaza de Oriente y la plaza de la Villa son sus núcleos centrales. Se puede hacer una visita guiada tipo *free tour* (no tienen un precio fijo, sino que al finalizar cada persona entrega al guía el importe que considere).

Empezamos nuestro recorrido por el Madrid de los Austrias en la Plaza Mayor. Este espacio fue protagonista de nuestro Siglo de Oro. Los domingos se llena de puestos dedicados principalmente a la numismática y la filatelia. La Casa de la Panadería, la Casa de la Carnicería. En el centro está la estatua

ecuestre de Felipe III, el arco de Cuchilleros.

Si salimos de la plaza, bajo la puerta de la calle Gersona, llegamos a la plaza de la Provincia, donde se encuentra el palacio de Santa Cruz. Desde aquí tomamos la calle de la Fresa, la Posada del Peine. Si seguimos por la calle San Cristóbal y cruzamos la calle Mayor llegaremos a la calle Arenal. Está la iglesia de San Ginés. Detrás está la Chocolatería San Ginés, que sigue ofreciendo sus populares churros con chocolate desde 1894.

Al final de la calle Arenal se abre la plaza de Isabel II. En el siglo XVI existía aquí una fuente muy grande llamada así, de los Caños del Peral. Al otro lado del Teatro Real tenemos la plaza de Oriente. Aquí están el Palacio Real, la catedral de la Almudena, los jardines de Sabatini.

En la plaza de Ramales se dedica un pequeño monumento a Diego Velázquez, que fue enterrado en 1660 en la iglesia de San Juan. Cuando se buscaron, los restos del que fuera pintor de cámara de Felipe IV no fueron hallados.

En la misma plaza tenemos la casa palacio de Ricardo Angustia. Por la calle de San- tiago podemos ver el lateral de

# Madrid de los Austrias

la iglesia de Santiago. Al final de la calle de San Nicolás llega a la calle Mayor, encontramos el palacio de los duques de Uceda. Junto tenemos la iglesia del Sacramento o iglesia catedral de las Fuerzas Armadas. Subimos la calle Segovia, dejando a la derecha la iglesia de San Pedro el Viejo para encontrarnos de cara con la basílica de San Miguel.

En la plaza de la Villa tenemos tres edificios históricos: las casas y torre de los Lujanes, la Casa de Cisneros, la Casa de la Villa. Preside el centro de la plaza la estatua de don Álvaro de Bazán (uno de los héroes de la batalla de Lepanto).

Pocos metros antes de llegar a la Plaza Mayor verán el Mercado de San Miguel, para bajar por Cuchilleros, llegar a Puerta Cerrada y desde ahí adentrarnos por la Cava Baja en el barrio de La Latina, o bien tomar la calle de Ciudad Rodrigo y regresar a la Plaza Mayor.

**PARTE DE LA CIUDAD QUE TUVO ESPECIAL RELEVANCIA DURANTE LA DINASTÍA DE LOS HABSBURGO EN ESPAÑA**



Fachada septentrional de la Casa de Cisneros. **RICHE DIESTERHEFT**



Estatua ecuestre de Felipe III, obra de Bolonia y Pietro Tacca. **CARLOS DELGADO**



La Posada del Peine. **VALENTINA BUJ**

## PÁGINAS DE LA HISTORIA

▶ por FERNANDO JOSÉ BARÓ

# Francisco de Quevedo, Garcilaso de la Vega y el recuerdo melancólico del ser amado

Aquí, desde el pequeño jardín de parvos cipreses y plantas succulentas, lindando con el Colegio Francisco de Quevedo, escritor español del Siglo de Oro, caballero de la Orden de Santiago y señor de Torre de Juan Abad, excelente espadachín, nacido en Madrid en 1580 y fallecido en 1645 en Villanueva de los Infantes, provincia de Ciudad Re-

al, autor de los bellos y excelentes versos *Amor constante más allá de la muerte*, te sueño. Sueño contigo despierto.

“Serán ceniza mas tendrá sentido; polvo serán, mas polvo enamorado”, nos dice sabiamente el poeta madrileño. El amor vence a la muerte.

Vengo cada tarde, tras la lucha diaria, después del duro bregar para reflexionar, tran-

quilizar mi alma y recordarte. Para soñar contigo.

Con tus bellos y expresivos ojos, con tus labios que tantas veces besé, con tus manos de femeninos, delgados y largos dedos de uñas pintadas, con tus sublimes piernas, con tus perfectos muslos, con tus pechos, con tu añorada voz y tus palabras, tus frases de cariño y de amor para mí.

Siempre pensé que a ti te bastaba con estar entre mis brazos para ser feliz.

Nos queríamos, nos amábamos sin medida, nos necesitábamos con pasión. Yo sigo sintiendo lo mismo a pesar de todo lo que estamos sufriendo al estar separados.

Me relaja ver las plantas de este pequeño jardín y recibo tu bello e inmortal recuerdo. Tus ojos, tus manos, tus cabellos, tu voz, tu olor...

Tú para mí lo fuiste todo y lo sigues siendo todo.

Cómo no recordar tanto amor compartido. Verdadero amor, aunque el entorno diga lo contrario, ignora nuestra auténtica relación. “Vida solo hay una”, me decías sabiamente. Yo te preguntaba “Qué corre por nuestras venas” para que respondieras: “La vida”. Esas venas marcadas en mis manos y en tus divinas y añoradas manos que tanto extraño.

Tú sabes que lo nuestro fue real, sincero, mágico y sublime. Eres mi gran amor, el gran amor de mi vida. Tú decías que yo era el gran amor de tu vida...

“Yo no nací sino para quereros”, versos de Garcilaso de la Vega, soneto con el que me siento identificado cuando pienso en ti. Garcilaso fue poeta y militar español del Siglo de Oro. Perteneciente a una noble familia castellana, nació en Toledo, no se sabe con certeza el año, y murió en 1536 en Niza (Francia) a causa de las heridas producidas en un combate.

“Por vos nací, por vos tengo la vida, por vos he de morir y por vos muero”. “Mi alma os ha cortado a su medida” y sin tu amor no tengo vida, como dicen los versos del excelso poeta toledano. El castillo de Batres, en madrileñas tierras, perteneció a su familia y aún se conserva la fuente de Garcilaso donde escribió algunos de sus poemas. Lo he visitado en varias ocasiones y quise que lo vieras conmigo.

Cómo no rememorar tanto vivido a tu lado, como aquella tarde en la que en un olivar madrileño fuimos inmensamente felices cuando el sol doraba los minúsculos y claros vellos de tus nalgas, mientras me proporcionabas placer extremo.

Va cayendo la tarde, va oscureciendo el día en la terraza de este bar de barrio donde la gente ríe y conversa sin saber de mi dolor, de nuestro dolor. Tú, no muy lejos de aquí, tal vez estés en el parque, en el Bronx, como tú ingeniosamente lo llamas, tomando alguna lata junto a otro hombre.

Quisiera ser viento para acercarme sigiloso a ti y acariciar tu cara, tus labios, tus manos que tanto añoro, tu pelo...

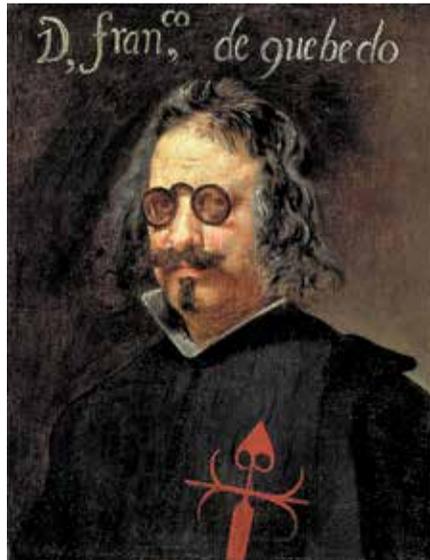
O tal vez ser un gorrión, sabes que siempre me gustaron, para ser libre y volar hacia ti, posarme al lado de tus pies o en el banco donde estás sentada y escuchar tu voz, poder olerte, ver y sentir a la mujer que amo y que amaré siempre.

Le pido a Dios cada noche que me recuerdes, que no te olvides de tanto amor, pasión, lujuria y cariño compartido. Le pido a nuestro padre celestial que vuelvas a necesitar estar conmigo. Volver a vivir contigo, volver a dormir abrazado a ti, velar tu sueño y tenerte a mi lado hasta los últimos días de mi vida.

A ti mi luz, la sangre de mis venas, el aire que respiro, mi vida, mi gran amor. Nunca dejaré de quererte. Siempre estás presente en mí.

Muriendo el año 2022 de nuestro señor Jesucristo.

Francisco de Quevedo y Villegas, en retrato atribuido a Juan Van der Hamen. **INSTITUTO VALENCIA DE DON JUAN**



Estatua dedicada a Garcilaso de la Vega en Toledo. **DADEROT**

